

Uzodinma Iweala

**NO HABLES**

Traducido del inglés por Regina López Muñoz

Título original: *Speak No Evil*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2018 Uzodinma Iweala

Todos los derechos reservados

© de la traducción: Regina López Muñoz, 2018

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-9181-260-9

Depósito legal: M. 26.601-2018

Printed in Spain

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes que se retratan son producto de la imaginación del autor o bien están empleados de manera ficticia y no deben interpretarse como una realidad. Cualquier parecido con sucesos, lugares, organizaciones o personas reales, vivas o muertas, es puramente casual.



*Para quienes no tienen voz*



Finalmente, dijo: me ha comunicado —y aquí pronunció el amado nombre— que no vuelva más. Vi el rostro amado y oí las palabras no dichas, no hay necesidad de volver de nuevo con él, aunque estuviera en tu poder.

SAMUEL BECKETT, *Impromptu de Ohio*

*No it ain't nothing left to say.*  
[No, no hay nada más que decir].

ODDISEE, *Tomorrow Today*



PRIMERA PARTE

Niru



La nieve empieza a caer justo antes de la clase de Literatura Universal de la señorita McConnell. Al principio es liviana y flota en el aire, negándose a adherirse a nada y revoloteando alrededor de las ramas peladas de los árboles que tiemblan fuera. Me siento enfrente de la ventana, de espaldas a la puerta, como los demás chicos. Todos nos sentamos cerca de la puerta porque para llegar a clase hay que darse una buena caminata atravesando el césped de la catedral y porque ninguno quiere ser el único cuerpo masculino rodeado de chicas. No compensa aparentar que te lo estás currando. La señorita McConnell nos mira mientras nos quitamos los abrigos y dejamos los libros encima de los pupitres. A la semana de empezar el trimestre dejó de pedirnos que aligerásemos. Ahora espera, agarrando el bolígrafo con un puño y apoyando el otro en la cadera, hasta que estamos listos.

Yo no puedo atender porque Meredith no está atendiendo. Siempre se sienta justo enfrente de mí, de espaldas a la ventana y a la fila de pinos que obstaculiza la visión de Wisconsin Avenue. Normalmente intenta hacerme reír con sus microimitaciones casi perfectas de los movimientos exagerados de la señorita McConnell, pero hoy

está medio girada hacia la ventana y mirando el cielo. Recorro el aula con la mirada. Nadie está atendiendo. Algunos nos concentramos en las interesantes baratijas de la señorita McConnell, cosechadas en sus viajes por el mundo. Ha estado en Kenia y en la India enseñando a leer a niños pequeños y mujeres mayores, y por eso las estanterías de la clase, decoradas con muñecos quitapenas guatemaltecos y brazaletes de hierro oxidado, están forradas con pañuelos kikoy. Mis compañeros creen que son de verdad, pero yo tengo un primo en Nigeria que vende antigüedades recién hechas a los extranjeros que pretenden coleccionar sus propias historias coloniales. A veces la señorita McConnell enciende una vara de incienso y toda el aula huele a sándalo o canela. A mí me provoca picores en la nariz.

Lo veo venir e intento avisar a Meredith, pero ella está completamente absorta. La señorita McConnell observa en silencio a Meredith, que contempla la nieve de la calle. Nuestros compañeros reprimen risitas al ver que Meredith persigue copos con unos movimientos de cabeza sutiles y felinos. Tierra llamando a Meredith, dice la señorita McConnell. Meredith se sobresalta y se golpea la rodilla con el escritorio. Suelta un aullido y hace una mueca de dolor. Todo el mundo se ríe, hasta la señorita McConnell, que pregunta: ¿Qué puede haber más interesante que el fascinante debate que estamos manteniendo en esta clase? Está cayendo una buena, contesta Meredith. La señorita McConnell mira por fin por la ventana y dice: Hostia puta, y todos nos partimos de risa. Esperadme aquí un segundo, añade antes de desaparecer por el pasillo, y la clase cae en un cotorreo descontrolado.

Adam y Rowan se acercan corriendo a la ventana. Joder que sí, dicen casi al unísono. Desde mi sitio veo los delicados copos posarse en las ramas de los pinos. Un viento fuerte levanta láminas blancas que forman ondas y círculos. Cuando vuelve la señorita McConnell se la ve apesadumbrada y yo sé que está pensando en lo que hará una ventisca con su programación didáctica. Rowan la mira y dice: Oficialmente, la clase ha terminado. Rowan, grita la señorita McConnell, pero él ya está saliendo por la puerta. Yo pienso: ¿Cómo coño voy a volver a mi casa?

Puedes venirte a la mía, propone Meredith mientras vemos acumularse capas de nieve. Llamo a mi madre para preguntarle si haría bien en coger el coche para volver. Si te las apañas..., contesta. Le pongo un mensaje a mi padre. Me dice que espere en el colegio, pero no me apetece esperar en el colegio. He estado demasiados años esperando a que alguien me recoja del colegio. Además, ahora conduzco, y lo último que quiero es tener que esperar.

En Wisconsin Avenue los coches avanzan a paso de tortuga con las luces de emergencia puestas. Las bocacalles están todavía peor. Meredith y yo vemos desde el otro lado de la calzada a Adam y Rowan intentando sacar el coche de Rowan del estrecho aparcamiento en cuña en la calle en pendiente que hay cerca de las instalaciones de atletismo. Los neumáticos dan vueltas encima de la nieve recién caída hasta que el coche da una sacudida y choca contra el de delante con un golpe que no augura nada bueno. Adam exclama: ¡Me cago en su puta madre! Roman baja la ventanilla para evaluar los daños. Deja caer la cabeza encima del volante y grita mierda a la blancura cada vez más densa.

O podrías ser ellos, dice Meredith desde detrás de sus manos enfundadas en manoplas. Le digo: Tú guías, y la sigo calle arriba mientras ella camina trabajosamente con la lengua estirada para atrapar copos de nieve. Le sale una cobertura blanca en el pelo que luego se vuelve marrón oscura cuando la nieve se derrite. Se pasa la manga del abrigo por la nariz y sorbe los mocos. A mí me parece guapa aunque ella todavía no lo sabe. Tiene los labios gruesos, la boca ancha y una nariz torpemente piramidal. Parece una versión más joven de Anne Hathaway.

Deberías meterle boca, me dijo Adam una vez mientras atravesábamos el césped de la catedral. Está claro que le gustas; y de verdad que no es tan difícil, solo tienes que llevártela a un rincón de la pista de baile y pegar tu boca a la suya; problema resuelto. Adam es superpráctico para todo. Es la típica persona que aparca el coche mirando hacia su casa para no tener que perder más tiempo de la cuenta cuando sale hacia allí. Yo le dije: No creo que la cosa funcione así. Pues claro que sí, insistió él, así lo hice yo. Si le gusto, debería besarme ella a mí, repliqué. Te aseguro que no va así el tema, dijo Adam. Entonces es que igual no le gusto. Adam se dio una palmada en la frente.

Un autobús repleto de gente con la cara larga nos adelanta, levantando tras de sí una nieve marrón medio derretida. Si los autobuses funcionan, todavía existe la posibilidad de que pueda coger uno hasta Bradley Boulevard y luego hacer andando el último kilómetro y medio hasta casa, como solía hacer cuando OJ se fue a la universidad, antes de sacarme el carné. Sería una mierda caminar por la nieve, sobre todo con las deportivas, pero al menos llegaría a mi casa. Me paro. Qué pasa, pregunta Meredith.

Está toda pálida salvo por el rojo palpitante de la punta de la nariz. Quizá debería coger el bus y ya está, le digo, ya que hay servicio. Ni de coña, ya estamos a medio camino, dice Meredith, ni de coña, joder. Intento apartarme en el momento en que Meredith me agarra. Resbala en la acera y agita los brazos, intentando recuperar el equilibrio. Su ímpetu nos tira a los dos y nos partimos de risa a pesar de que la nieve helada se me cuela por los pantalones. Meredith tiene razón. ¿Qué sentido tiene perder horas en un autobús abarrotado cuando quedan tan cerca una casa calentita y seguramente un chocolate caliente?

Su casa está en O Street y la separan de la calzada unos parterres de flores inclinados con retorcidos restos pardos de flores otoñales y matas decorativas. La flanquean unos peldaños de piedra muy empinados. Mi madre daría el visto bueno a tanta modestia, sobre todo porque le recordaría a Londres. Mi padre nunca ha entendido a qué lógica responde pagar tanto dinero por una vivienda pequeña con un sistema de fontanería viejo en constante necesidad de reparación, por mucho que los vecinos sean senadores, secretarios de gabinete y toda esa amplia red de miembros de *lobbies* desconocidos pero tremendamente influyentes que dirigen realmente la ciudad. A mí me gustan más las aceras de ladrillo rojo y las calles empedradas que las inmensas parcelas de césped y las zonas arboladas entre las casas de donde yo vivo, y además queda mucho más cerca del colegio, pero supongo que uno siempre quiere lo que no tiene. Normalmente estas calles están petadas de turistas y estudiantes, pero hoy que la nevada recubre la ciudad están vacías y tranquilas. Yo me tapo las orejas con las mangas mientras Meredith busca las llaves. Los he visto

más rápidos, le digo a la vez que ella golpea los zapatos contra la puerta de color rojo encendido para sacudirles la nieve.

Todo es siempre potencialmente fatal, dice Meredith mientras el hombre del tiempo describe con frenesí la nieve que cae a nuestro alrededor. Se arrodilla en el sofá del salón con la cara pegada a la ventana helada. Su respiración empaña el cristal. Hemos comido unos sándwiches de pavo y *brie* porque no hay nada más en la nevera y nadie reparte pizza a domicilio. El pavo tiene un pase, pero el *brie*, con esa costra dura, no sabe a nada y nunca me ha gustado el interior, pegajoso y blando. Le he hablado de lo que comemos en mi casa: pescado deshidratado, que me gusta un montón, y callos, que evito escondiéndolos debajo del borde del plato, y ella ha hecho sin querer mohines de asco seguidos de un «Qué guay, ¿no?» muy poco convincente. Sus padres tenían que volver de Houston esta tarde, pero todos los aeropuertos han sido clausurados, afirma el apasionado meteorólogo a la vez que pasan tras él las imágenes de las quitanieves paradas en la pista del aeropuerto nacional Reagan. Quieres whisky, pregunta Meredith justo antes de desaparecer. Vuelve con una botella de un líquido ámbar y echa un chorro en su chocolate caliente. Se puede mezclar con el chocolate, no altera el sabor. Da un sorbo y de la taza cae una gota al cojín del sofá. La frota, incrustándola más en la tela, y me mira. No te vas a emborrachar, es solo una gotita para entrar en calor, me dice. Yo no lo veo claro. Si viviéramos en Francia..., dice ella. Si viviéramos en Arabia Saudí..., digo yo. No bebo porque no he cumplido los veintiuno y porque no siento la necesidad de beber. Mis compañeros de clase ha-

blan de ponerse ciegos en casa de fulano y mengano durante las juergas que se montan los fines de semana, pero yo no les hago mucho caso. Demasiados riesgos, me dice OJ. Tú no eres como esa gente, dice, ellos pueden hacer cosas que tú y yo no. Él nunca bebía y sus compañeros lo adoraban. Salió elegido delegado. Era el capitán del equipo de fútbol. Mis profesores todavía me llaman por su nombre. Cojo la botella y le quito el tapón. Paso el dedo por el dosificador de goma y me lo llevo a los labios. El alcohol escuece al principio y luego se vuelve dulce, y me trae recuerdos de cuando tenía cuatro años y mi padre invitó a unos amigos a casa para ver un partido del Mundial de fútbol en el que jugaba el equipo de Nigeria. Yo localicé un vaso de Coca-Cola que no parecía de nadie y me lo bebí entero a toda prisa, con la esperanza de desaparecer antes de que alguien me ordenara lo contrario. Pero lo que bebí era algo más que Coca-Cola. Me quemó toda la garganta hasta llegar a la tripa. Noté que la boca se me calentaba. Emití un gañido e intenté escupir lo que todavía no me había tragado. Todo se detuvo en seco. La cara de mi padre se transformó en una máscara africana con los ojos, las fosas nasales y los labios exagerados. Entonces vino corriendo desde la otra punta de la habitación, me agarró con un brazo y me dio varias palmadas en la espalda con la mano abierta. El sonido acabó con la tensión e hizo que las carcajadas de los amigos de papá resonaran más fuerte. Daban zapatazos y aplaudían. Apagaban los gritos de papá: Quién te ha dicho a ti que te bebas eso, eh, mientras me apretaba el cuerpo contra el fregadero y me obligaba a tragar más y más sorbos de agua que me daba con el cuenco de la mano, hasta que mi estómago no pudo contener

ni una gota más. Vomité una bilis marrón y acuosa en el fregadero blanco y por toda la encimera. Desde entonces no he bebido ni una gota de alcohol.

Meredith se pone de pie y al estirarse hacia atrás se levanta el jersey y enseña el destello brillante del aro del ombligo. Alarga la mano hacia mí y dice: Ven conmigo. Yo la sigo hasta un dormitorio en la planta más alta de la casa donde los aleros bajos hacen que el espacio parezca mucho más pequeño de lo que es. La luz de la calle se filtra a través de una ventana grande y redonda pero enseguida desaparece en los recovecos y los espacios estrechos. Meredith se deja caer sobre una cama con una colcha blanca que la luz del exterior tiñe de naranja. Escuchamos el viento y la nieve gélida contra el tejado mientras las copas de los árboles se mecen adelante y atrás, dando la impresión de que el cuarto se balancea, inestable. Cruzo los brazos a la altura del pecho y me masajeo los tríceps a través de las mangas. He estado muchas veces en su casa, pero nunca tan tarde, y nunca los dos solos. Sé que es el sueño de cualquier adolescente, aunque solo sea para poder fardar luego en el rincón de la cafetería reservado para los mayores, pero yo odio la forma en que mis compañeros hablan de chicas y de sexo. Lo hacen con un tono voraz que me da muy poca confianza.

¿Niru? Meredith pronuncia mi nombre como si fuera una pregunta. Está sentada en la cama con las piernas cruzadas y la cabeza ladeada. Las sombras oscurecen su cara pero sus uñas concentran la luz cada vez que se las pasa por el pelo. Puedes entrar, eh, aquí es donde vas a dormir. Desde el suelo de madera donde los dedos de mis pies se encogen por el frío doy un paso y mis pies se relajan al

contacto con la moqueta suave y calentita. Me arrodillo delante de la cama y apoyo la cabeza a escasa distancia de una rodilla de Meredith. Su mano sobrevuela el espacio que hay justo encima de mi mejilla y a mí se me tensa la mandíbula, a continuación la espalda, luego las piernas y por último los dedos de los pies, pero Meredith no me toca. Me ha tocado infinidad de veces: abrazos de oso, manos estabilizadoras, tortazos de broma mientras corremos, pero parece que esto va a ser distinto. No me toca. Lo que hace es echarse la melena al hombro contrario y colocar la mano encima de su rodilla. Cierro los ojos. Por qué no me besaste en Bishop's Garden, en la fiesta de inauguración del curso, por qué no me besaste, pregunta.

Habíamos ido juntos a la fiesta porque sabíamos que iríamos juntos y en algún momento entre las piruetas de *Shake It Off* y los brincos de *Jumpman* dejamos atrás el ruido de la música y fuimos en busca de un poco de tranquilidad en los jardines que hay junto a la catedral. No había luna, solo unas cuantas estrellas por encima de la ciudad mientras paseábamos por el césped cogidos del brazo. Ten cuidado, dije, porque los tacones que llevaba Meredith con el vestido negro corto de cóctel se hundían en la blandura de la hierba. La cogí de la mano para que se los quitara y paseamos con los dedos entrelazados hasta un cenador rodeado de unas matas silvestres muy copetudas y algo marchitas. A pocos metros de la entrada vimos dos siluetas que se metían mano a oscuras, completamente ajenas al resto del mundo. Meredith deslizó su brazo por debajo del mío y retrocedimos sin hacer ruido hacia los senderos empedrados que serpenteaban a través de los rosales y los arriates de flores silvestres.

Es la señorita McConnell, dijo Meredith entre risillas cuando paramos en el escondrijo de piedra que había debajo de las ramas nudosas de una encina viejísima. El tiempo cálido del otoño permitía que las fuentes todavía gorgotearan. Un sol de cobre oxidado escupía agua en una pileta pequeña detrás de un saliente en el que Meredith se sentó. Tiró de mí para que me pusiera a su lado y me echó las piernas por encima porque decía que la piedra estaba demasiado fría al contacto con sus muslos desnudos. Yo la toqué con las palmas de las manos y no noté frío. Me quitó la chaqueta y se la echó sobre los hombros. Dijo: Madre mía, estaba follándose con la lengua al tío ese. Yo busqué un sitio donde colocar las manos. El vestido sin tirantes de Meredith amenazaba con resbalársele pecho abajo, pero ella no parecía darse cuenta o le daba igual. Sonreí para aliviar la corrosiva sensación de ridículo que se me había pintado en la cara. Meredith tensó las piernas. Le olía el aliento a los chupachups de cereza que el consejo estudiantil había echado en unos cubos inmensos en la puerta de la sala de baile. Estaba chupando uno cuando salimos del edificio.

Solo tienes que pegar tu boca a la suya, decía Adam, es de primero de Biología. Me metí una mano en el bolsillo con la esperanza de que Meredith no me viera tantear para asegurarme de que tenía mis partes en su sitio. Ella se acercó un poco más. Y entonces se apartó de un brinco cuando el eco de unas pisadas resonó en el muro de piedra que nos rodeaba. Vi primero a la señorita McConnell y luego al tipo que iba tras ella, cogido de su mano. La señorita McConnell se quedó boquiabierta cuando asomó la cabeza. Ah, hola, señorita McConnell, saludó Meredith. Se cubrió las piernas con mi chaqueta. Sabéis muy bien

que no podéis estar aquí a estas horas, dijo la señorita McConnell. Se había soltado de su acompañante y había enlazado las manos a la altura del ombligo. Yo aparté la vista de los botones torcidos de la blusa de la señorita McConnell y me concentré en el musgo oscuro que se formaba en las grietas de las piedras. La señorita McConnell se cruzó de brazos rápidamente. Volved a la fiesta o marchaos a casa, dijo. Meredith se puso de pie y se despidió con la mano. Yo resoplé.

Vas a besarme ahora, me pregunta a la vez que pasea los dedos por el espacio que nos separa en la cama. Abarca mi cara con sus manos y me echa la cabeza hacia atrás con delicadeza. Vale, digo, y cierro los ojos. Sus labios agrietados arañan los míos. Le huele el aliento a chocolate caliente y whisky. Su pelo me hace cosquillas en la nariz. Tomo aire y de pronto puedo olerla por completo: la humedad subyacente en su melena tras la caminata bajo la nieve, el pavo y el *brie* en sus dedos. Su lengua busca mis labios. Toca mis dientes, juguetea con mi lengua y se retira. Cuando vuelve lo hace con más confianza a la vez que el resto de su cuerpo se adelanta en dirección al mío. Sus piernas rodean mis caderas y se cierran a la altura de la parte baja de mi espalda. Se aprieta contra mí y junta su mejilla con la mía justo antes de besarme el cuello. Yo me estremezco. Mis manos se posan encima de su jersey, guiadas por las suyas. Y de pronto están debajo de la tela, y mis palmas tocan su piel, barren sus pechos pequeños y sus pezones duros. Se le acelera la respiración. Noto mi corazón. Oigo el bombeo de mi propia sangre. Así de sencillo es.

Ven, quítate esto, dice Meredith. Sus manos frías me sacan el suéter de cuello vuelto. Me hormiguea la piel. Ella

se quita el jersey, el sujetador, y se baja los pitillos y las bragas y los deja caer al suelo. Yo nunca he visto a una mujer desnuda en la vida real. Venas azuladas se dibujan en torno a algún que otro lunar y antojo de su piel, por lo demás pálida. Se lo ha afeitado todo salvo una hilera estrecha de vello castaño entre las piernas. Sus pechos son más grandes de lo que esperaba aunque en realidad solo la he visto usar tops deportivos bajo las camisetas. Me sonríe, pero examina mi cara con la mirada. Yo me siento un poco mareado en esta habitación de sombras en movimiento. La nieve cruje contra el tejado. Las ramas golpean el enlucido y arañan las ventanas. Me besa el cuello otra vez. Me besa el torso. Su lengua explora mis pezones mientras manipula torpemente mi cinturón con las dos manos.

El deseo es el deseo, nos dijo una vez la profesora de Historia de la Antigua Grecia, una anciana con arrugas en las arrugas magnificadas por unas lentes descomunales que sobresalían de unas monturas de metal finísimas y desmañadas. Nos llevó al Smithsonian a ver vasijas griegas pintadas de negro con hombres y mujeres anaranjados descoloridos complaciendo a hombres y mujeres anaranjados, cautivos de un Eros aún más desatado por Dionisos. Para los griegos el placer derivaba del sometimiento a la pasión, y la pasión se manifestaba de muchas maneras. El deseo no era ni bueno ni malo. Existía sin más, nos dijo la profesora.

Meredith, susurro. Me aparto, pero sus manos me siguen, afanándose todavía con la hebilla del cinturón. Le agarro las muñecas y las retiro. No. Algo no va bien, digo. Ella se deja caer en la cama con las piernas muy apretadas.

No, dice, esto no puede estar pasando. Y de pronto ya no está en la habitación. Me cubro el cuerpo con los brazos. De pronto hace un frío insoportable.

Los niños blancos me tocaban constantemente cuando era pequeño, como si yo fuera de su propiedad. Me llamaban «Pelovelcro» y me ponían cosas en la cabeza para ver si se quedaban pegadas. Yo les dejaba hacer porque siempre eran muchos y porque por aquel entonces desconocía la diferencia entre ignorancia y maldad. También hubo un día en que una de las niñas se me acercó a la salida y me preguntó si podía mirarme por dentro de los pantalones, solo un vistazo, para zanjar un debate que se había generado tras una clase de educación sexual. Yo hice como si no la hubiera oído, pero me pasé el resto del día mirando al suelo con los puños cerrados.

Meredith me ha dejado solo porque no voy a darle lo que quiere, pero qué pasa con lo que quiero yo. ¿Qué quiero yo? Más que ninguna otra cosa ahora mismo quiero estar en mi casa con la calefacción lo bastante alta para sentirme a gusto en camiseta. Quiero oler la sopa picante de pollo de mi madre, su talismán antifrío, pero no hay manera de conseguir nada de eso ahora.

Meredith. Siseo su nombre. A oscuras da la sensación de que las voces suaves son más adecuadas. Avanzo despacio por el rellano, a tientas mientras la casa chasquea y cruje al cobrar cuerpo a mi alrededor. Estoy frío y tenso en parte porque la coña de que el negro siempre es el primero en palmarla me parece muy real en medio de este *show* de terror que se va acelerando más y más. ¿Dónde estás, Meredith? Pruebo con todos los picaportes que me voy encontrando conforme me acerco a otro tramo de escaleras.

Dan a un dormitorio, un estudio y un baño, todos ellos vacíos. Me muevo despacio porque sería muy propio de Meredith gastarme una broma pesada escondiéndose detrás de una puerta o debajo de una cama para darme un susto. Tiene un sentido del humor muy bruto, sobre todo en situaciones complicadas. A veces facilita las cosas, pero casi siempre lo único que consigue es crear más tensión. (Soy una incomprendida, le gusta decir. No, tú lo que eres es gilipollas, le contesto yo.) Tía. Como broma ya está bien. Ya te vale, le digo.

Oigo un resoplido a mi espalda y me doy la vuelta. El rellano sigue vacío. No pretendo gastarte ninguna broma, dice, y yo sigo sin ver a nadie. Guiándome por su voz subo las escaleras hasta el dormitorio de invitados, tocando las paredes con la punta de los dedos. No hay picaportes ni pomos pero mis dedos tocan una veta en el pladur. Dónde estás, susurro. Meredith tose. Aquí hace un frío del carajo y creo que tienes tú mi suéter, digo. Que le den por culo al suéter, dice ella, pero oigo unos crujidos al otro lado de la pared. No estoy de coña, Meredith. Ni yo. Tirito y me froto los brazos. Y si vuelven los padres y descubren a un negro medio en bolas plantado en el pasillo de su piso de arriba. El negro nunca sale bien parado, por muy inocente que sea. Tendría que haber cogido el coche e irme a mi casa. Ningún accidente habría resultado más catastrófico que esta tarde.

Meredith gime. No entiendo por qué me rechazas, dice. Vuelve a sorber los mocos a la vez que se deshace en sollozos. Intento tragar saliva pero no puedo. Meredith, no es que... No puedo seguir porque no sé qué decir. Ojalá tuviera una voz firme, la confianza de OJ, la tenacidad de mi padre, el aplomo de mi madre. Me pellizco los brazos y

hundo las uñas en mi propia piel y arañó. La quemazón es un alivio; el dolor, una distracción muy agradable. Es por mi cara, gimotea. No. ¿No te gusta mi cuerpo? No. ¿No soy lo bastante guay para ti? Me llevo la palma de la mano a la boca y muerdo fuerte la parte carnosa del pulgar. Me acerco los nudillos a los labios. ¿Es porque no soy negra? No. ¿Es porque no tengo culo? Se las arregla para soltar una risilla. No, digo. Entonces ¿qué coño me pasa, eh?

Esa misma pregunta me hago yo desde la primera vez que noté algo distinto cuando me peleaba con Zhou, el vecino, hasta que a su padre le salió trabajo en una empresa aeroespacial en San Diego. Jugábamos a revolcarnos en la alfombra e intentar inmovilizar al otro. Un día noté la respiración de Zhou en la cara y el cuello. Su pecho presionaba el mío, y teníamos las piernas enredadas. Fue una sensación muy agradable.

Porque a un chico no puede gustarle otro chico, me respondió mi madre cuando le pregunté por qué decía el pastor que el país vivía bajo la sombra de esa aberración llamada homosexualidad. Pero a OJ le gustan los chicos y a mí me gusta mucho Zhou, protesté. *Abeg*, calla, anda, dijo mi madre. Solo habla en dialecto cuando está sorprendida o cabreada. Si no, tiene un acento tirando a británico. Se removió en el asiento del conductor y subió la radio para darme a entender que no le apetecía hablar de ese tema. Dijo: Dios decidió que los hombres tienen que estar con las mujeres y las mujeres con los hombres. Así son las cosas. Y Dios siempre llevaba razón; así que decidí que solo me gustarían las chicas aun cuando me daba cuenta de que mirarlas me gustaba menos de lo que debía. Yo no veía el porno que mis compañeros compartían en sus telé-

fonos por los pasillos, antes de clase, o en el césped enfrente de la catedral. En casa veía en mi teléfono mujeres con mujeres y hombres con mujeres, obligándome a concentrarme en ellas mientras me tocaba. Pero esos hombres, sus cuerpos, sus sonidos... Me daban ganas de arrancarme los ojos. A veces le pedía a Dios que me salvara. A veces contenía la respiración y me rodeaba el cuello con las manos y apretaba hasta que se relajaban y yo tosía una saliva que me resbalaba por los labios y la barbilla. A veces lloraba. Cuando mi madre me preguntaba qué me pasaba yo le decía que era por los deberes. Nunca investigaba más. A veces, cuando Meredith me tocaba, cuando me pasaba un brazo por el cuello o me daba un pellizco en el culo, sentía algo, pero nunca muy intenso ni mucho rato.

A ti no te pasa nada, digo a la oscuridad. Me desplomo contra la pared y me deslizo al suelo. Y digo: Meredith, creo... que soy gay. Ella descorre la puerta del armario y asoma la cabeza. Se ha envuelto en una manta y el pelo le tapa la cara. Y dice: ¿Cómo?

Alarga un brazo y lo deja caer. En ese momento sale y me cubre por completo con la manta. Me abraza y murmura: Estoy aquí. Dice: Estoy contigo. Yo me echo a llorar. Me abrumba el sonido de mi propio dolor. Meredith intenta aplacar los ánimos imitando la fórmula de nuestros entrenadores de atletismo. Controla la respiración, Niru, me dice. Sigue mi voz, Niru. Por un momento la sigo, pero mis pensamientos son muy fuertes y me ahogo en una mezcla de alivio, vergüenza y miedo. Me acerca un poco más y se mece conmigo. Me pasa un brazo por encima y me coge la mano con fuerza. Dice: Yo siempre estaré a tu lado. Yo digo: Y ahora ¿qué hacemos?